





ANDRÉS ANDRADE,  
EL CUCLILLO TREPADOR



José Luis Caramés Lage

ANDRÉS ANDRADE,  
EL CUCLILLO TREPADOR



Primera edición: abril de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Luis Caramés Lage

ISBN: 978-84-17362-12-6

ISBN digital: 978-84-17362-13-3

Depósito legal: M-1231-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mis amigas Verónica de Quevedo, María Riera,  
Carmen Escobedo, Carolina Taboada,  
Natalia Menéndez, Pilar Cristina Martín,  
Eva Torre y Margarita Gandullo.*



# ACTO PRIMERO



## La foto de la mesilla

En la mesilla al lado de la cama, en donde tenía su despertador, su radio, la lamparilla para leer y ver cuando se levantaba de noche, Andrés Andrade había colocado una foto sin brillos, pero de colores muy definidos, cercada por un fino marco de plata, de un cuclillo trepador de los bosques de color ceniza y azulado, alas pardas y pico negro, insectívoro, arborícola, parásito que pone los huevos en los nidos de otras aves, a las que va eliminando metódicamente, después de romper el huevo del nido de la otra especie.

Aquel cuclillo trepador se parecía a un pequeño halcón con el pico curvado, puntiagudo y afilado. Su plumaje no poseía colores vivos, pero era limpio y apropiado hasta para mesa real, dado que aparecía en 1-Reyes 4-23 entre las provisiones diarias de alimento para la corte del rey Salomón.

Al cuclillo trepador le gustan los árboles, a los que defiende comiendo muchas orugas peludas que causan un gran daño a la madera. Llegada la época de postura, la hembra cuclillo se oculta entre las hojas y espía a otros pájaros que construyen sus nidos. En el momento en el que ve al nido que entiende como apropiado, espera para entrar en acción cuando la hembra del otro pájaro pone sus huevos. Al darse cuenta que la propietaria del nido parte del mismo, la cuclillo se dirige allí y pone su propio huevo, a la vez que toma uno de los huevos allí puestos y lo arroja afuera, evitando cualquier sospecha.

Todo el mundo sabía que Andrés Andrade estaba enamorado de los árboles y de su madera. Los visitaba en los montes que olían a tojo que rodeaban aquella zona para lo que parecía un intento de convencerlos sin muchas palabras para que crecieran y se dejaran cortar. Su razonamiento para dialogar con los árboles se basaba en la idea de que eran

seres muy útiles, dado que de sus troncos se hacían los tablones, las tablas y las tablillas para ayudar a reconstruir al país, y a los lugares de los vecinos y extranjeros que viniesen a buscar aquella madera al puerto de Santa Marta.

Andrés pensaba que iba a heredar todo aquello y soñaba despierto con la idea de llegar a mejorar la hacienda y aumentar el dinero de su abuelo. Para ello trataría de ser lo más ambicioso posible y romper moldes en el mundo de los negocios en un país en donde todo llamaba a la competitividad, puesto que en aquella década de los ochenta surgían con fuerza los inicios de la economía neoliberal, el libre mercado y toda una «movida» que parecía acompañar al trabajo.

Andrés ya no iba tanto a pescar con su abuelo, don José, pero le acompañaba a comprobar los montes que éste había adquirido poco a poco desde su vuelta de la emigración en Cuba. En este país era en donde había trabajado quince años en una plantación de tabaco en la que llegó a ser el capataz principal y encargado de ayudar a construir un pequeño emporio con los cigarros habanos. A su llegada de Matanzas a San Pedro, su aldea, había reconstruido la casa familiar y comprado varios montes en donde los castaños, los robles comunes y negros, el cedro, el olmo común y el álamo negro crecían sacando sus ramas al viento con la intención de abrazarlo. Más tarde compró y plantó pino silvestre y pino marítimo, así como eucalipto común. En su aserradero se dedicó a cortar madera en varias formas y tamaños y a venderla a toda Europa. Tenía doscientos jornaleros, una gabarra, tres camiones y dos turismos, un balandro y una canoa para pasearse por la ría y pescar, y dinero para que sus obreros estuviesen bastante conformes con la remuneración del trabajo que realizaban y con la figura de la que dependían.

Su hacienda aumentaba y el anhelo de don José era preparar bien a Andrés, su querido nieto, para el día en el que él ya no estuviese por allí o no pudiese valerse por sí mismo. Don José pensaba esto con la experiencia de una vida difícil que le había herido con la mala suerte familiar. Su mujer, Amadora Maceira, fallecida de muy joven a consecuencia del tífus, le había dado dos hijos y una hija. El mayor, Álvaro Andrade, se casó con Luisa Rosón, los padres de Andrés, que se fueron a vivir al pazo del abuelo, ya que Álvaro era el primogénito y tenía que seguir con la empresa. La verdad es que Álvaro estaba en otras cosas, jugaba a las

cartas en timbas de bastante dinero; bebía en exceso y era lo que se llamaría un «descolocado» en los años sesenta de aquella España. Su mujer aguantaba todas las correrías de su marido hasta que un día realmente se enfadó con él. Andrés ya había nacido y tenía dos años cuando sus padres discutieron toda una noche. Al día siguiente y sin decir esta boca es mía, Álvaro Andrade desapareció. Desde aquel momento, ya habían pasado varios años, nada de él se volvió a saber.

Andrés le preguntaba a menudo a su madre dónde estaba su padre y ella siempre le decía la verdad. A esta desaparición se juntó la muerte repentina del tío Luis el que, según sus propias palabras, enseñaba a ser un hombre a Andrés. Le diagnosticaron cáncer de pulmón y falleció en menos de seis semanas. Con vida y moviéndose por todos los lados seguía la tercera hija del abuelo, la tía Otilia Andrade, que se encargaba de llevar el pazo y de cuidar a la madre de Andrés, que se había vuelto bastante melancólica y enfermiza, lo que favorecía la idea extendida de que en realidad nunca había superado el que su marido hubiese desaparecido en una madrugada primaveral.

Por eso y pensando en el futuro, el abuelo don José llevaba a Andrés desde muy pequeño a pescar, en donde debía desarrollar la paciencia y el estar con uno mismo en la soledad de una ría silenciosa. Más aún, el abuelo ni siquiera le hablaba durante la ceremonia de la pesca: era un personaje sumamente silencioso; y cuando lo hacía era para decirle que había que tener cuidado con el anzuelo al sacarlo de la boca de la robaliza recién pescada, dado que el pez no debía sufrir por la inconsciencia del pescador.



## El lugar perturbado

La lubina es un pez plateado, no muy grande, que el abuelo pescaba con línea y anzuelos también plateados desde la canoa roja que al ralenti navegaba con un motor muy seguro, que le habían hecho los mecánicos del taller en donde se ponían a punto diariamente los tres camiones que se encargaban de llevar, a varios muelles de descarga de las villas de alrededor, la madera del aserradero que poseía en la aldea mágica de San Pedro.

Al nieto lo invitaba a ir con él, diciéndole que si quería acompañarle a pescar robaliza, que era así como llamaba a las lubinas. Nunca le insinuó que le requería para hacerle compañía, ni para portear los trastos de la pesca, la lata de gasolina de más que metía en la lancha por si algo pasaba, o el bocadillo de chorizo embutido en una barra grande de pan de trigo que repartía con su nieto, sin decir nada. El abuelo pensaba que Andrés era un adulto y que comía, pescaba y trabajaba como él, limpiando los anzuelos de las algas o llenando el cubo grande de agua del mar en donde metía a las robalizas que pescaban.

Le había enseñado a retirar despacio y sin hacer mucha sangre el anzuelo enganchado en la boca de la lubina. No había que hacer daño al pez, ya que bastante tenía con servir de cena, con patatas cocidas y mahonesa recién hecha, sin que hubiese que torturarlo con la desgana del pescador experimentado. Uno se imagina que el abuelo creía en un orden natural en el que el hombre tenía que beneficiarse de la Naturaleza, pero sin estropearla, ni rebuscar en ese fango negro y muy repulsivo al olfato que aparece en los lodos de las mareas bajas. Todo debía de ser natural, como cuando, después de pescar cuatro robalizas, le decía mirando con cariño escondido al nieto:

—Pesca tú la última, que no necesitamos más para la cena. No hay que abusar del mar.

Con el abuelo, Andrés lo pasaba bien y eso que era un hombre muy callado. Había estado en Cuba catorce años y reaparecido de la emigración con dinero, aunque nunca se le había oído contar una historia o una anécdota sobre el tiempo transcurrido en el Caribe. De lo único que presumía y lucía con la mirada, ya que seguía sin decir nada, era de la radio RCA que había traído de la Isla y que todo el mundo sabía, no creo que nadie se lo hubiese oído decir nunca, que era de Norteamérica. Andrés se daba cuenta de lo que veneraba a la radio cuando le interesaba oírla durante los diarios hablados de la tarde y de la noche, tiempo que coincidía con el fin de la comida o de la cena y con los ruidos que hacían, ya con el estómago lleno, el hermano segundo de Andrés, que se llamaba Ángel, un primo de Ferrol mayor que ellos, de nombre Chente que gritaba porque era sordomudo, y él mismo. Era entonces cuando le oían hablar para decir, muy misterioso:

—Niños, como sigáis haciendo ruido, os voy a dar «titingó».

El abuelo de Andrés era casi perfecto. Andrés le decía casi porque pensaba que disfrutaba metiéndole miedo, diciéndole que iba a cruzar por los remolinos del Puente de Mera para ver qué había detrás de aquellos tres arcos que sostenían al puente, que se veían al final de una de las esquinas de la ría de San Pedro. Aquellos remolinos tenían fama. Su aura se asentaba en que habían engullido a dos barcas pequeñas de pescadores del litoral de la aldea de Mera durante la Guerra Civil, y a una chalana roja y blanca que se llamaba «Carmiña», con tres pescadores muy expertos que desaparecieron una mañana de diciembre del año 1972, en la que llovía muy fino y no se veía nada. También se comentaba que aquella parte de la ría de Mera había sido inundada a propósito para hacer una pequeña presa para producir electricidad que nunca había funcionado. Lo que sí se confirmaba era que había cubierto con bastante agua a un antiguo cementerio en el que se habían enterrado a los pocos marineros que el mar arrojaba a tierra después de un naufragio, y a algún pariente cercano que había sido depositado al lado de su familiar marino ahogado en alguna tempestad o accidente naval.

Habían salido a pescar a las ocho de la mañana. Nadie había tenido que despertar a Andrés, pues pasó la mitad de la noche despierto, porque el abuelo le había dicho que iban a atravesar los arcos del puente, ya que a las nueve y media de la mañana la ría estaría en la pleamar. Es decir,

llena hasta la última piedra del muelle que podían ver desde el paseo y que casi formaba parte del empedrado por donde la gente caminaba. Tan llena se ponía que cuando salía una barca o llegaba otra, el agua que se arremolinaba en las olitas que se formaban por el empuje de la barca, sobrepasaban la altura del muelle, para dejar algo de agua sobre el empedrado de la alameda de robles por donde la gente se paseaba para contemplar el mar, ver sus colores y olerlo.

Se había vestido a conciencia, es decir, para la ocasión. Solo una camiseta de manga corta de algodón muy fino y de color rojo, un pantalón corto de lycra de color verde claro ceñido a la cintura, que parecía un bañador y que tenía dentro una especie de calzoncillo de hilo muy suelto que no se ceñía a nada del cuerpo, y sandalias de goma blancas que le había regalado su madre para andar por las piedras de la playa. Esto ocurría cuando buscaba cangrejos y no quería cortarse algún dedo del pie con las conchas de los mejillones pequeños y vacíos. Ellos se habían quedado pegados a los racimos de algas que se veían en los pliegues y hendiduras de las pequeñas rocas de la playa, en donde casi nunca batía el mar. Un chaleco salvavidas del tipo de yugo, impermeable, con dos correas de tela y un silbato para el rescate, completaban sus preocupaciones.

El abuelo le dejó salir del puerto al timón y coger la proa hacia los arcos del puente de Mera. Andrés se encontraba como uno de aquellos lémures de Madagascar, una especie en extinción de mono blanco y negro que, había leído en la enciclopedia, vivía en los árboles secos del occidente de Madagascar, alimentándose de hojas, frutas y flores. La diferencia era que él iba de pie agarrado al timón de madera muy bien barnizada de marrón oscuro, mientras mantenía los brazos rígidos, no para conducir la barca, sino en señal de tensión y de socorro. Pero sus manos parecían sujetar el timón sin agarrotamiento y esperando ver como se llegaba a aquellos puentes.

La canoa cortaba bien el agua azul que semejaba moverse más con los reflejos de la luz en el mar, que con el viento que casi no daba en su rostro. La brisa del mar no llegaba a su cara, aunque notaba algo así como un sudor frío concentrado que hacía bajar, de vez en cuando, una gota de agua fría por encima de la piel de su columna vertebral. La verdad es que no sabía si solo era una sensación o se

estaba mojando la espalda de su flamante camiseta roja por el miedo que veía venir.

Estaban muy cerca del puente y sus arcos, cuando el abuelo le pidió que se sentase en el lado derecho de la barca, que él tomaba el timón. El asiento era una especie de banco saliente desde el interior de la canoa, quizás de la misma pieza del tronco que había servido para construir la parte de la derecha de la barca, uno de los bajos, en donde había una cuerda atada a un flotador y enganchada en la quilla de la lancha. El abuelo le dijo:

—Sí esto se va a pique, no creo que suceda, pero a los hombres hay que decirles la verdad, desenganchas la cuerda del gancho que está debajo del asiento, te pones el flotador y te dejas ir cuando el agua llegue a cubrir la canoa.

Se lo decía todo serio, aunque notaba que en su mirada había una especie de sonrisa que no sabría identificar o relacionar con nada.

El momento que él nunca había deseado que sucediese iba a pasar y creyó que tenía que darse valor, y no señales del miedo que había incrustado desde hacía tiempo en todo su ser, teniendo como motivo a aquel puente endemoniado con aquellos arcos que les iban a llevar al infierno. La canoa se acercaba y realmente ya estaban casi debajo de la arcada. El abuelo aminoró la velocidad y entraron en los remolinos, mejor dicho en un gran remolino que absorbía el agua debajo mismo de la bóveda principal del puente. Este era ancho y de piedra en bloques que parecían muy viejos y de los que salía una hierba corta y verde muy oscura que producía una sombra negra que apagaba la luz del día. Pensó que era la penumbra que debía haber a la entrada del infierno. El ruido del motor por el eco era muy elevado, aunque no ensordecedor. Parecía que todo estaba preparado para que se oyese el ruido del agua dando vueltas a bastante velocidad y la llamada de un ser del fondo del mar que susurraba a media voz y machaconamente, «¡Vente conmigo! ¡Vente conmigo!»

Claro, Andrés no tenía ninguna intención de irse a ningún sitio, y por lo que vio en la maniobra que hizo el abuelo, él tampoco. Por un instante, el abuelo dejó el motor casi en punto muerto, para de repente acelerarlo al máximo. La canoa dio un brinco y salió levantando la proa de aquel remolino gigante. Andrés notó que la barca saltaba, se agarró a la cuerda y enseguida se encontraron en una especie de lago en donde el

mar era un espejo de color ocre viejo. Andrés se dejó llevar ya sin miedo y se fijó que en la orilla crecían flores amarillas y arbustos de pequeño tamaño de color verde amarillento. Más atrás, flores también amarillas parecidas a los yutes de la China, a las flores del ahorcado, a las de los acónitos amarillos, a las flores del codeso muy alto de tallos ramificados, y a las que aparecían en las agrimonias de pelos largos y flexuosos, que subían por las laderas de algunos montículos que rodeaban a aquel lugar y que se percibían a través de bastante niebla que era también amarilla. Todo esto se podía ver dentro de una especie de globo de cristal amarillo que sujetaba el cielo, en donde ya no quedaban nubes, invadido por las mimosas de ramillas angulosas.

Pero lo que más le llamó la atención a Andrés, hasta el extremo que se dio cuenta de que tenía que volver a cerrar la boca, abierta de admiración, era la cantidad de mariposas amarillas que volaban sobre el agua de aquella laguna estancada que parecía mágica y llena de piérides y de papilionadas, como dijo su abuelo que se llamaban las mariposas de distintas tonalidades amarillas que plagaban el lugar.

—Estas mariposas vienen de la patria de las Musas que se encontraba en las laderas del monte Olimpo. Por allí vivían las nueve hijas de Piero, el rey de Ematia, que trataban siempre de disputar a las Musas el premio de poesía y que, por eso, fueron castigadas por Apolo y convertidas en urracas. En este lugar, es decir aquí, no puedes ser poeta, quedarías convertido en una de esas pegas que vuelan por ese extremo de la ribera sin acercarse mucho a las mimosas. ¿No las ves allí? —señaló serio y muy sabio, el abuelo.

—Pero, abuelo, ¿qué son esas mariposas? —preguntó Andrés mirando para él rodeado de color amarillo oro, color del sol y de todo lo que estaba dorado.

—Son los símbolos de la transformación —contestó todo serio.

No volvió a hablar más hasta que se acercaron despacio a una especie de muelle de piedra caída sobre el agua del lago sin mucho orden. Paró la canoa antes de llegar y en silencio se acercaron hasta aquel montón de piedra que tirado en el mar también parecía unido a tierra firme. Le dijo que bajase. Él lo hizo primero y Andrés le siguió.

—Vamos a coger un buen ramo de flores amarillas para la tumba de la abuela —le confesó en voz baja.

—¡Fíjate bien! Y coge las mismas que yo y desde el comienzo del tallo en la tierra. Pero no las arranques, escarba con el dedo y sácalas despacio. Estas son amapolas amarillas que se dan en los lugares perturbados como es este. ¿No te parece un lugar extraño? —preguntó el abuelo.

—Claro, ya lo sabía yo —respondió Andrés. Y pensó que en aquel lugar saldría de noche algún marinero allí enterrado en el cementerio cubierto por aquella agua que parecía de color amarillo, remando en una chalana de color también amarillo que lo había transportado del fondo hasta la superficie del lago con la intención de subirse a su viejo barco que realmente no se había hundido.

—Coge estas, las amargosas que son de bajío, con sépalos delgados y amarillos y algo de color café, ¿te das cuenta? No te confundas con las mariposas Lily que son estas que parecen flores colgantes amarillas con los tépalos puntiagudos y unas acederas. Son bonitas por sus lóbulos amarillos —señaló el abuelo, mientras las enseñaba, al mismo tiempo que cogían las flores con sumo cuidado.

Se montaron en la canoa, pusieron los dos ramos de flores juntos y los ataron con un cordón fino de nylon. El abuelo cogió el timón y puso proa al puente de los arcos. La marea había bajado y los remolinos habían desaparecido, por lo que pasaron sin problema alguno en un agua tranquila aunque revuelta. Al poco, el puente quedaba detrás y ya lejos del amarillo y del miedo. El abuelo metió la mano en un cajón de madera en donde había cachivaches, su salvavidas que nunca ponía, unas gafas oscuras para el sol, y algunas cosas que Andrés no recordaba. Cogió algo que escondió detrás de sí y le dijo:

—Coge el timón y pon proa a San Pedro. Te voy a hacer un regalo por lo valiente que has sido. Esta gorra es para ti —le dijo poniéndosela en la cabeza.

Era una gorra blanca de Capitán de la Marina Mercante con su festón dorado y con el escudo bordado a mano en el frontal, debajo del cual se había cosido en hilo dorado lo siguiente: Capitán Andrés Andrade.

A Andrés se le nublaron los ojos y acertó a decir:

—Gracias, abuelo.

Él miró para él, colocó bien la gorra en su cabeza y le dijo:

—Coge bien el timón que la marea está baja. Tienes que ir por el medio del canal. No vayamos a tener un problema el día en el que te has transformado en un hombre.



## El aprendizaje

Desde que Andrés cumplió los catorce años el abuelo don José lo llevaba a los montes en el Piojo Verde, un coche mitad jeep, mitad turismo, que había sido construido con piezas de aquí y de allá, y ensamblado en el taller mecánico del aserradero, por dos primos, Arturo y Salvador García que eran unos mecánicos excelentes. Andrés aprendió mucho en aquellas incursiones y llegó a conocer, sin la menor duda, la diferencia entre la madera de una morera blanca, un abedul o un fresno. Además, se fijó bien en las diferencias del suelo y la tierra de los distintos tipos de montes que su abuelo tenía en propiedad y en las nuevas arboledas que don José decía que iba a adquirir en un futuro cercano, después de las ventas de madera que iba a realizar. A los dos les acompañaba Machín, un perro de pajar muy grande, es decir sin raza definida, muy negro, que obedecía al abuelo solo con la mirada y en el que Andrés había montado a caballo de pequeño, algo que Machín parecía haberle perdonado, puesto que siempre quería jugar con el muchacho.

Al muelle de Santa Marta llegaban barcos de varios lugares, sobre todo de Dinamarca. Las bodegas se llenaban en un par de días con los tres camiones de don José y con una gabarra pensada para el transporte de madera. Además, se servía madera a toda Galicia, al norte de la Península, algo a Portugal y al sur de Madrid, sobre todo para la construcción y para la elaboración de muebles de todo tipo y cultura, así como para objetos de madera tallada en la que se hacían los recuerdos de catedrales y edificios históricos para un turismo extranjero que ya invadía las zonas más cálidas del país.

Andrés crecía en San Pedro sin problemas. Estudiaba en el instituto de enseñanza media de Santa Marta a donde lo llevaba por las mañanas temprano Manolo, uno de los chóferes de los camiones del abuelo. Eran

once kilómetros, pero en invierno había mucha niebla y llovía a cántaros. Llegada la primavera Andrés cogía su bicicleta BH de color azul oscuro y se iba tranquilamente hasta el instituto. Tardaba media hora, a veces menos. Comenzaba las clases a las ocho y media de la mañana y a las tres de la tarde estaba en casa, menos los viernes que llegaba a la una y media, ya que tenían menos lecciones. El muchacho sacaba notables y algún sobresaliente, algo que parecía bastarle a él y a toda la familia. Por eso, nadie se preocupaba demasiado de sus estudios y sí de prepararlo para el futuro.

A veces en la bicicleta, con la luz brillante de la mañana en la cara, algo que parecía inspirarle mucho, oliendo a mar y a barcos de piratas con doncellas raptadas a las que él iba a rescatar, pensaba en sus días pasados, sobre todo en dos historias que le habían marcado su pubertad.

Pensaba en aquella playa de Figueroa alejada de la carretera general, que parecía pintada a golpes de pincel impresionista, en un óleo en donde la luz se rompía a veces para atraer de repente a las nubes o directamente a la lluvia más fina. Los colores más vivos se alejaban del negro, realmente estábamos en verano, mezclándose para dejarse ver muy vivos y brillantes. La luz era capturada por la arena blanca y harinosa, y al muchacho algo le decía que la naturaleza se había quedado quieta antes de pintar el final del cuadro. Por eso pensaba que aquel óleo pintado por la Naturaleza no se había terminado.

«La culpa sería del viento que todo lo llevaba», pensaba Andrés.

Andrés aprendió a nadar con aletas. Fue fácil. Tenía siete años y en aquel tiempo a esa edad había que tener uso de razón. Ya había hecho la primera comunión en la iglesia de San Pedro y el poso de aquel rito de pasaje le había llenado el corazón de sentido común. Era mayor, y por eso se permitía fumar bigotes de maíz envueltos en papel de estraza que le daba toda la sensación de quemar un cigarrillo parecido a los peninsulares o al caldo de gallina que fumaban los mayores. El pitillo lo encendía con los otros tres amigos debajo del pajar que secaba sus gavillas atadas con descuido para que, poco a poco, se soltasen y dejasen a la paja deslizarse hasta llegar a donde les daba el sol casi todo el día. Los cuatro amigos encendían los pitillos después de merendar y con cuidado, pero no al fuego que se pudiese ocasionar con una llama entre la paja, sino por temor a marearse, dado que aquella combinación de tabaco de maíz

y de papel de pasta sin agua, casi de madera, no era del todo recomendable. Pero ya se sabía que para llegar a ser un buen pirata había que pasar por todas las experiencias.

El agua en donde aprendió a nadar estaba demasiado fría. Fue en ese mar tan transparente en el que veía todo lo que ocurría en el fondo, que casi siempre era verde claro, con algas no muy grandes que se mecían al ritmo de un agua que parecía bailar canciones muy lentas. La arena de la playa tenía algo que se pegaba a los pies mojados y aún frotándose bien con la toalla, tardabas en devolverla a la playa. Algunas veces Andrés y sus tres amigos no tenían tiempo, ya que el chofer del Piojo Verde les pitaba para meterles prisa y entonces la arena harinosa se quedaba en los pies hasta que se secaba y se dejaba caer en el comedor del abuelo o en el rellano de madera del primer piso del pazo, algo que enfurecía a Lola, la muchacha que limpiaba las escaleras y las habitaciones durante/en el verano.

Aprendió a nadar en el verano en aquellas largas vacaciones que duraban desde el día de San Pedro a finales de junio hasta el primer domingo de septiembre, que era la fiesta de la Virgen de los Remedios. Eran diez semanas que Andrés aprovechaba para ir haciéndose un hombre sensible. Lo único que le diferenciaba de sus amigos era que en la casa del abuelo se comía pan de trigo, y en la de los demás pan de maíz y de centeno, algo que procuraba arreglar muchas veces, cambiando una hogaza de pan blanco por una de pan amarillo o marrón, algo que a decir verdad, le gustaba mucho más. La cierto era que la primavera olía al verde del maíz y el verano a pan de trigo.

Aquel verano se propusieron seriamente llegar a capitanes de barcos piratas. Los cuatro amigos tenían doce años y para lograrlo lo primero que hicieron fue estudiar. Eso era lo que decían los mayores que había que hacer siempre al principio de cualquier cosa. Pero aquel tipo de estudio era distinto a lo que se realiza cotidianamente para instruirse. Por eso entraron en la biblioteca del pazo y eligieron dos volúmenes que hablaban sobre las biografías de los piratas más famosos y otras historias. Tenían que ser prácticos y no divagar demasiado. Por eso eligieron un libro de Alberto Vázquez-Figueroa sabiendo que su madre era oriunda de la Isla de Lobos, que se había casado con un farero y que se dedicaba al submarinismo. Con tal madre el niño había escrito a los catorce años un

libro que había titulado *Arena y viento* que pegaba mucho con las intenciones de los futuros piratas. Y además eligieron otro libro escrito por Ernesto Morales y dedicado a la vida de Pedro Sarmiento de Gamboa, aquel almirante español del siglo XVI con mala suerte, al que la Inquisición no dejaba de perseguir por creerlo medio brujo, un nigromante, puesto que era un gran lector de las estrellas en medio del mar. Aquellos dos libros les inspiraron mucho para elegir a un buen modelo de pirata que tenía que ser no muy famoso, pero sí buen espadachín y cuidadoso con el honor que debe poseer un verdadero bucanero. Por eso lo que les importó más fueron las ideas que se desprendían de aquellos escritos que los personajes que allí se exponían. Es decir el mar, la arena, el viento, la suerte, el ser un buen navegante y poder leer las estrellas para aguantar el rumbo y llegar al lugar deseado, que no siempre era la Isla de la Tortuga en el criollo haitiano.

De todas formas la banda de los cuatro exageraban bastante, dado que los barcos que poseían no tenían grandes velas, sino que eran las chalanas de colores variados que estaban amarradas con cuerdas flojas en el muelle de la aldea y en las que se subían para luchar con espadas de madera. Cuando había pleamar era el momento de máxima tensión, pues el que perdía o el que daba algún traspíe normalmente se caía al agua. Nadie se iba a ahogar, puesto que todos habían aprendido a nadar y el muelle estaba muy cerca. Además siempre había alguien encargado de lanzar un salvavidas que habían hecho con el neumático viejo de una rueda de una moto de marca Lube, tirada en el garaje de los tres camiones, a la que nadie daba como propia, lleno de parches, pero que funcionaba a las mil maravillas. Cuando las batallas eran en marea baja casi era peor. Se caían desde las chalanas en una especie de lodo lleno de lombrices de mar que se alimentaban de las minúsculas algas hasta ponerse gorditas y servir de cebo para algunos anzuelos de pescar. Pero, aunque era menos peligroso, era peor limpiarse el fango que tener que secarse el agua.

Esto ocurría un par de días a la semana, aunque lo importante venía los domingos en los que hacían una especie de torneos entre las lanchas con un grupo de niños de otro lugar. Entonces sacaban las pañoletas portuguesas de muchos colores que colocaban en la frente al estilo más pirata posible y se vestían con camisas viejas que habían sido de alguien,

que ya no las usaría más. Eran siempre de colores vivos, sobre todo los verdes que les gustaban a los cuatro amigos. Habían pedido a la cocinera del abuelo, a Olegaria, que les tiñese de verde claro aquellas camisas viejas del abuelo, que ya no se ponía para subir al monte, y ella después de comprobar que era para una buena causa, la de luchar en un juego de piratas con los de otro pueblo, se las tiñó de un verde casi fosforito que les pareció un color venido del cielo por la luz que desprendían, algo que fue aprovechado para cegar al contrincante sin que se diese mucha cuenta.

Aquellos domingos de lucha los preparaban muy bien. Según estuviesen de valentía invitaban a los de San Adrián que no tenían puerto y a los que ganaban siempre, o a los de Sismundi, que si lo tenían, y que eran un poco brutos dando en las manos y hasta en el pecho, con los palos de madera que traían consigo y que llamaban espadas.

Las espadas que usaban los de la banda de los cuatro estaban hechas en el aserradero del abuelo, y eran de madera de castaño muy blanco y limpias de nudos y de fracturas internas. Generalmente eran rectas y anchas, de una longitud de unos sesenta centímetros, hoja con empuñadura de cuero negro; filos no muy cortantes aunque finos y con la punta de la espada redondeada para no sacarse un ojo. Habían sido diseñadas y hechas por el hijo de Gaudencio, el vigilante de noche del aserradero, que paseaba con Sabú, un perro lobo que ladraba demasiado, entre las sierras que aserraban los troncos, hasta bien entrada la mañana. Raúl, que así se llamaba el que se consideraba el mejor carpintero de la aldea, había labrado cuatro espadas aristocráticas o de parada, con empuñadura que disponía de una guarda elaborada de cuero negro redonda, puesto que era más fácil de manejar que con la de forma de cruceta. Así, con el pomo de la espada se podía llegar a empujar al contrincante y protegerse la mano.

—Yo me he decidido a tomar el nombre de Walter Raleigh —dijo Andrés—. Es el pirata inglés más sofisticado que fundó una colonia en Virginia e introdujo el tabaco en Inglaterra. Escribía poesía y luchó contra la Armada Invencible y escribió una *Historia del Mundo* que leyó mucha gente en su momento. Ya sabéis que he sacado la medalla de tareas por mi buena letra y es el pirata que más me gusta por su saber estar, y además, hablaba en latín —soltó con confianza.

—Como se nota que tu abuelo es don José —dijo Lolo, que era el mayor de todos, ya que tenía unos meses más que los otros tres.

—De todas formas, te lo perdonamos —declaró Lolo.

—Yo he elegido a otro pirata inglés que se llamó Jack Rackham o Jack el Calicó, conocido por el tejido que usaba en su ropa que provenía de la India. Lo usaba para vestir ropas de calicó que llevaban algodón estampado por una cara con colores vivos como el marrón, el anaranjado y el negro sobre fondo blanco y que convivió en sus aventuras con una mujer pirata vestida de hombre de la que estaba enamorado y que se llamaba Anne Bonny. Esta pirata, un día en un barco al que habían abordado encontró a un joven que resultó ser una mujer también disfrazada de hombre que se llamaba Mary Read. Las dos mujeres llegaron a ser grandes y conocidas piratas —manifestó Lolo, al que le gustaban bastante las mujeres.

—Bueno, a ti solamente te faltan las mujeres —dijo Toño—. ¡Veremos donde las encuentras! —señaló—. Elijo al pirata español más cruel según dicen los libros. Se llamó Benito Soto Aboal que era gallego, de Pontevedra y que tenía un barco que le llamaban *Burla Negra* que se hizo famoso entre sus competidores. Atacaba a barcos de todas las nacionalidades, pero sobre todo ingleses; barcos que podían provenir hasta de la India con grandes tesoros. Asesinó a tres compañeros, os lo digo para que no tengáis miedo, puesto que yo no voy a hacerlo con vosotros —señaló Toño que era la mejor persona de los cuatro y el más alejado de cualquier maldad reconocible o escondida.

—No sé si pegarás tú de muy malo —dijo Andrés entre las sonrisas de los otros dos.

—Bueno este pirata fue ajusticiado en Gibraltar por los ingleses. Su historia de muertes fue muy grande —dijo Toño, como si no escuchase lo que se decía de él.

—Déjalo, si quiere ser malo, un pirata malo que lo sea —señaló Daniel.

—¿Y tú, Daniel, a quién eliges? —preguntó Lolo.

—Mi pirata es un francés que son siempre más sofisticados que cualquier otro. Se llamó René Duguay-Trouin. De familia bretona, parece que en toda su vida anduvo en trescientos barcos, veinte de ellos de guerra. Era capitán de navío a los dieciocho años. ¡Fijáos que vocación

por el mar! Y a los veinticuatro años era capitán de la flota del rey de Francia. Llegó a jefe de escuadrón naval cuando cumplió los cuarenta y dos años y poco después a teniente general de los ejércitos navales combatiendo en la Guerra de Sucesión en España entre los años 1702-1713 —observó Daniel.

—¡Lo has estudiado bien! —manifestó Toño—. Sería como tú vas a ser, ya que quieres ser marino mercante y conseguirás llegar a capitán de máquinas o de puente con ese uniforme azul oscuro que trae el tío de Juana, la niña que vive en La Lamestra.

—Sí. Siempre querré ser marino y vivir en el mar para ver de noche a las estrellas y hablar con ellas para que me digan por donde debo ir —declaró Daniel ensimismado.

—Pero, ten cuidado, y emocionate menos, cuando des con la espada a alguien que haces daño de lo fuerte que golpeas —dijo Andrés.

—Es verdad, no te lo creas tanto eso que vas a ser capitán de mercante, y emplea esa fuerza con los piratas de Cariño que se lo merecen —declaró Toño sonriendo.

A decir verdad los piratas de la banda de Cariño eran los que mejor vestían y mejor se entrenaban. Era difícil ganarles, y por eso se chuleaban demasiado, sobre todo cuando había pleamar, puesto que se dedicaban a tirar a sus enemigos al agua después de darse el gusto de batirse delante de las niñas que iban a verlos jugar a piratas. Lo malo era que cuando venía la banda de Domingo Rúa Seoane, que así se llamaba el jefe de ellos, el lío estaba asegurado. Aquella banda eran cinco: Domingo y cuatro demonios más. Por cierto, tenían un año más que los de la banda de los cuatro, algo que se notaba físicamente, y uno de ellos había crecido demasiado y engordado bastante, aunque los de su banda decían que era músculo todo.

En la banda de los cuatro nadie mandaba, aunque cuando había algo social, y aquellos combates lo eran, nombraban a Andrés para aquella tarea. La verdad es que se le daba bien luchar con la espada. Empleaba el cuerpo medio del arma para tomar contacto dando diferentes tipos de golpes, como tanteando al contrario, algo que ponía nervioso al oponente. Lo hacía así para demostrar que podía desviar el golpe y que podía conducir el suyo a donde el quisiese.

La espada requería habilidad y él la había logrado después de que su tío Luis, que también había jugado a piratas de pequeño y al que sólo le

faltaba un parche en un ojo para serlo de lo revoltoso que seguía siendo, le hubiese dado varias semanas de clase a la hora de levantarse y dentro de aquel cuarto de baño enorme que tenía el pazo. Con dos bastones del abuelo le enseñó a ser consciente de que en la lucha tenía que pensar en amputarle un miembro al contrario con mucha velocidad y precisión. Claro solamente era una idea para fijar el combate, pero señalaba que servía para darle un golpe en un brazo, pierna o pecho al contrincante que caería al mar o al fango de la marea seca. Su tío le decía que pensase que la espada era mágica, llena de leyendas y que volaba en su mano. De aquí que la espada debería ser la prolongación del cuerpo y un motor para mover mucho los pies y la cadera, que deberían conectarse con el brazo y su prolongación, la espada. De esta manera el cuerpo se convertiría en un todo que debería focalizarse concentrándose en la punta de la espada que, aunque redondeada en aquel caso, debía de hacer el daño suficiente para desarmar al contrario y tirarlo de la barca.

El tío Luis le decía que las técnicas que le enseñaba las había aprendido de un japonés al que sus coetáneos llamaban el *Emperador Amarillo* y que trabajaba de camarero en un bar de Ferrol a donde él iba a tomar copas de estudiante de Comercio, hacía ya algunos años. Le había enseñado a hacer el remolino con la espada que a Andrés, de forma muy natural, le salía muy bien. Además, había aprendido a dar estocadas, algún tajo y a punzar la espada, algo que le daba bastante bien a su sobrino.

La fiesta más deseada para los mejores enemigos era la del 15 de agosto, la Asunción de la Virgen. Aquel año, la banda de los cinco de Cariño vendría a combatir al muelle de San Pedro, a eso de las cinco de la tarde, con la ventaja de que ellos eran cinco, inseparables y la banda de San Pedro, solo cuatro. Se había hecho cierta propaganda de la lucha y llegarían niños y niñas del entorno. Además coincidía con la pleamar y con un día de sol radiante. Es decir, traducéndolo al idioma del pirata: «los que cayesen al mar se podrían secar bastante pronto».

Andrés se acordaba de que ya por la mañana el día amaneció distinto. Era como si la música y la pintura se hubiesen unido en el aire y en todo lo que se oía o veía. Era de esos días que el ambiente huele a huerta, a pintura, a café y a árbol de cerezas. Todo le estimulaba y una armonía especial parecía envolver una sonoridad aterciopelada que venía de una mezcla del viento y del mar, con ciertos matices pictóricos. Cuando se

lavó la cara con agua de pétalos de rosas, que la tía abuela Dolores le echaba en una palangana de agua fría y muy limpia los días de fiesta con la intención de que conservase el rostro muy joven y sin arrugas, y después de ducharse con jabón Lagarto que enjabonaba poco, se encontró soñando despierto con músicas que parecían suspenderle en el aire, y le hacían sentirse entre bosques enormes y muy frondosos, leyendas medievales con dragones, viejos castillos con murallas por las que subía la hierba, puestas de sol con el cielo color naranja y ocre, y con su nombre en la boca de otros niños, repitiéndolo con afecto y con la pasión de alguien que vence al demonio.

Lo cierto era que al enemigo, los piratas de Cariño, mandados por Domingo Rúa, eran del pueblo que olía a sardinas en lata, pues tenía muchas conserveras, y que estaba situado en la costa a diez kilómetros de San Pedro, no se les podía llamar vulgares o banales. Vestían con pantalón bombacho negro, camisa negra de manga larga, pañuelo negro por la frente y zapatillas de esparto con cintas negras. Además sus espadas iban colocadas en un cinturón de tela negra atado a la cintura. Los cinco iban iguales, aunque el único rubio y de ojos azules era el jefe. Los demás eran castaños o más bien oscuros de pelo y ojos. Aquel grupo estaba bien entrenado en sus lanchas del puerto que era mucho más grande que el de San Pedro y en donde pasaban de una lancha a otra saltando y haciendo diabluras casi todas las tardes. De aquí que manejasen bien sus piernas y fuesen más saltimbanquis y precisos que los de la banda de los cuatro, al andar por los bordes de la proa o la popa de cualquier chalana. Y por eso eran los peores enemigos. A fe de sinceros, su único defecto era la vanidad y su postura, tan estética y orgullosa que parecía unirse a ese sentido que posee el mar de ir aumentando su poder con el juego de las olas, las luces del día oscureciéndose, y el viento cada vez más fuerte que acompaña al agua del mar en algunas de sus fechorías.

Para los de San Pedro, aquellos chicos chulillos eran unos piratas de cuidado y como tales había que tratarlos. En esto contrastaban con ellos, vestidos de camisa teñida de verde fosforito y pantalones hasta la rodilla de varios colores. El de Andrés era verde oscuro, pero el de Lolo era amarillo sucio; el de Toño tendía a color naranja y el de Daniel era rojo oscuro, algo que asustaba muy poco por lo vistosos que eran, y que hacía reír a algunas de las niñas que por allí había y que aplaudían a los

vencederos puestas en pié. Pero la banda de los cuatro pertenecían a un entorno, eran parte de él, y al que cuidaban con menos agresividad: tirados en las lanchas se mecían en las olas, dejándose relajar por ellas y sin colocar a las chalanas de proa a las olas que llegan hasta la pared del muelle en donde chapoteaban para hacer ruido. Es decir, no se daban tanta importancia como se la daban la banda de los cinco.

El premio al vencedor del combate no era en metálico, pero sí había un reconocimiento del otro bando y lo que era mucho mejor, el grupo de niñas que había ido a verlos estaría más dispuesta a bailar con los vencedores en la fiesta de la tarde. Y aquella vez venía la orquesta de Ferrrol, *Los Satélites* con su cantante Luis Blanco, muy bueno en los boleros de Lucho Gatica, y con una vocalista de origen desconocido de nombre Lola Batissi, aunque cuando hablaba ponía un acento muy argentino y ronco, que parecía inspirarla en sus tangos que cantaba después de cenar, a eso de las once para comenzar la sesión de noche hasta las tres de la madrugada.

A las cinco y media de la tarde, las dos bandas se juntaron en el muelle de San Pedro. Nunca había habido tantos niños juntos y la propaganda realizada boca a boca había producido sus efectos. Por lo menos había cuarenta, y más de la mitad, niñas. Con un público así había que hacerlo bien.

Las luces del día estaban a tope y lo llenaban todo. Era una verdadera escena teatral muy viva en la que se sentían los silbidos muy tenues del viento que rizaba un poco el agua cerca del muelle y que hacía mover a las chalanas casi imperceptiblemente. Los espectadores se habían sentado en troncos tirados en el suelo esperando hacerse tablas, en un banco de madera y hierro que allí, en el borde, habían construido los trabajadores para descansar un poco fumando un cigarrillo o para comer un bocadillo de sardinas en lata. Algunos niños se habían sentado al borde del muelle con las piernas colgando sobre el agua. Entre ellos estaba el amigo Pedrito, el hijo de don Pedro, el veterinario, que era el encargado de echar el salvavidas al agua y gritar si alguien no sabía nadar. Pero ellos cuatro sabían y los de Cariño también. Hasta Domingo Rúa, el rubio, sabía nadar a espalda, eso se lo habían contado a Andrés dos amigos de La Piedra, que era una aldea cercana a Cariño.

Todo pareció pararse cuando los dos grupos se juntaron para sortear las parejas. Tenían el problema de que ellos eran cinco. Por eso se decidió que el primero de su grupo que ganase lucharía con el quinto. LLamaron a Pedrito de árbitro, ya tenía cierta experiencia y lo hacía muy solemne, y sortearon las parejas. Andrés ya sabía, intuía más que nada, que a él le iba a tocar Domingo, el rubio. Y claro está, el sorteo los emparejó. Lo peor fue para Daniel que le tocó el fuerte o gordo, aunque él sonreía, quizás para intimidar al contrincante. Las parejas se subieron a cuatro chalanas que estaban atadas al muelle y que se balanceaban muy suavemente por el viento. Un pirata en la popa y otro en la proa. La lucha sería en el medio de la lancha, en su fondo y en los bancos que tuviese. Además se podría utilizar la proa, que era en donde había más espacio en el alto de la lancha.

Domingo Rúa, el rubio, era un poco más alto que Andrés y quizás algo más delgado. La espalda de Andrés era más ancha que la suya y la espada del rubio un poco más larga que la del contrincante. Tenía la punta roma, pero los lados estaban bastante afilados por lo que Andrés pensó que podía hacerle daño.

—Posición de guardia —anunció Domingo, el rubio, haciendo una flexión profunda desde la guardia, salto arriba y guardia, otra vez.

—Posición de guardia —contestó Andrés llevando la pierna derecha hacia atrás y regresando a la posición inicial.

De repente a Andrés aquel niño le cayó mal. Hasta ese momento le había sido bastante indiferente, aunque notó su suficiencia, aún con respeto a sus amigos de grupo. Por eso Andrés se concentró para darle una buena sorpresa cuanto antes y tirarlo al mar pronto. Comenzó a moverse con agilidad; un paso adelante, atrás, manejo de la distancia, bien separados los pies, flexionando las piernas para mejorar la movilidad hacia delante y hacia atrás. Andrés conservaba el pie delantero en su dirección hacia delante y se desplazaba con rapidez. Los golpes no eran muy fuertes y las manos no sufrían. Andrés desplazaba el pie a ras del piso de la proa de la chalana, allí combatían por ser un buen sitio, ya que aquella barca tenía su aflasto en lanzadera, es decir, la parte delantera en la que se unen las amuras de un barco formando el canto o roda, que al avanzar va cortando las aguas que navega, casi como el de un barco de pesca pequeño. Había empate de golpes y de variedades hasta que

Andrés comenzó a pensar en lo que realmente le había enseñado su tío Luis después de haber leído, en la biblioteca del pazo, un libro traducido del francés y escrito por un maestro de armas de la Academia del Rey de Francia que se llamó M. La Boëssière, escrito en el año 1818, nada menos que en París. Su tío le había enseñado a usar del primero al doceavo golpe de los que hablaba detalladamente el maestro francés, golpes naturales basados en la observación y fáciles de hacer. El quinto era el que mejor le salía, de perfil, alineado de frente con la espada formando una especie de ángulo entre el cuerpo y el brazo estirado y armado.

Hicieron paradas dobles. Empleó la fuerza en un momento en que lo notó cansado, quizás enfadado con el oponente al no darse cuenta que, aunque aquella aldea no era una villa como la suya, de tontos nada de nada. Y quizás por esa falta de concentración lo mandó al agua cuando colocó el pie adelante para iniciar una fase de lanzamiento levantando la punta del pie produciendo una elevación de la pierna de salida. Andrés le dio un buen golpe en la pierna que lo sostenía y otro en el cuello muy rápido. Le falló la pierna de apoyo, se dolió con la mano libre llevándola al cuello, perdió el equilibrio y cayó al mar.

—¿Sabes nadar? —preguntó Andrés con cierta maldad y una sonrisa.

No le contestó y se dirigió nadando a la escalera. Mientras tanto, Toño había tirado al mar a su contrincante. Lolo se había dejado llevar bastante y su oponente sabía mucho más de lo que el suponía y lo había tirado al mar. Daniel había tirado a su contrario muy pronto y ahora se peleaba con el gordo. A Andrés le dio tiempo a ver como su amigo Daniel hizo que el gordo se atrapase un pie en un agarre de la proa y, aprovechando tal circunstancia, lo había empujado al agua. Habían ganado tres a dos, el cuarto de ellos y el gordo, eran uno, en eso habían quedado, y al jefe Domingo, el rubio, Andrés lo había derrotado.

La verdad es que al sentarse a secar en un pequeño regadío que había al otro lado del camino que bajaba hacia el aserradero, al lado del maizal, todos reían y se repartían la merienda rodeados de las niñas y niños que les habían visto luchar.

El jefe de ellos le preguntó a Andrés que quién le había enseñado esgrima y se lo dijo. Acabaron hablando con bastante naturalidad, aunque mirándose con desconfianza. No habían logrado la paz, solamente un descanso hasta una próxima vez. Aquel regadío en el que es-

taban sentados casi cincuenta niños y niñas parecía algo vivo, dado que había registrando todas sus impresiones, capturando cada palabra que decían, así como las sensaciones que revoloteaban entre risas. Las niñas se fueron acercando a los piratas de aquella tarde con la disculpa de que traían algún boliche de limonada o una botella de agua que estaba fría, puesto que la habían dejado colgada en el muelle medio metida en el agua. Con Julia, la niña de Ferrol que venía todos los veranos, que solamente bailaba con Andrés, por lo que todo el mundo decía que de mayores se casarían, se acercó una niña morena y de ojos verdes oscuros, con un pelo peinado con tirabuzones y lacitos de colores que se llamaba Laura y que fue presentada por Julia.

—Esta es Laura. Una amiga del colegio en Ferrol que este verano viene conmigo a La Lamestra —anunció Julia.

—Encantado —respondió Domingo, el rubio, al que se le había iluminado un poco la cara.

—¿Os quedaréis al baile hoy? —preguntó el jefe de los piratas de Cariño.

—Sí. Claro. Nunca fallamos al baile. Nos dejan hasta la una de la madrugada —respondió Julia.

Julia se sentó al lado de Andrés con toda confianza y Laura, un poco más tímida, cerca de Domingo. Andrés miró para Julia y sonrió guiñándole un ojo. Ella le guiñó el izquierdo y le rozó la mano que tenía apoyada en el césped. Todo parecía moverse. Hasta el tiempo lo hacía para adelante. Estaban rodeados de risas, silencios, caras risueñas, y otra vez risas bajo los tonos luminosos más impresionistas pintados en el cielo. Sí, las manchas de lo que parecía algodón con los colores puros del cielo, del regadío, de la carretera, de aquel maizal que parecía esperar algo, del mar y de las lanchas se habían juntado para convertirse en una nueva manera de ver la realidad desde los ojos de niños, que eran ya bosquejos de hombres y mujeres que crecían al aire libre dentro de escenas casi cotidianas, aunque llenas de héroes y de piratas malos que eran siempre los que perdían sus combates.

A Andrés le gustaba estar al lado de Julia, muchas veces sin decirle nada, pero capturando todo lo que sucedía en el aire antes de que se lo llevase el viento para siempre. Ellos no serían dibujos iniciales que terminan en figuras poco aprovechadas o desechadas para pintar los óleos.

Andrés quería estar presente en su evolución, parte de la cual sería en el salón de la vida y la otra al aire libre, con acabados refinados y temas históricos trascendentales en cuadros con trazos de motivos llenos de paisajes y de gentes siempre captados en formas nuevas.

Hacia sol, calor y pronto se secaron las ropas mojadas aunque, a decir verdad, los piratas de Cariño traían en una especie de bolsa que escondían camisas secas de manga corta y pantalones también cortos, además de sandalias. Por eso, Domingo Rúa se cambió la camisa, aunque dejó el pantalón bombacho. Sería para seguir pareciendo un pirata. Se puso sandalias secas y todos los de su grupo hicieron lo mismo, imitando a su jefe. Tanto Lolo como Daniel se fueron a sus casas y se cambiaron para venir vestidos de fiesta. Toño se fue a cambiar de pantalón, ya que llamaba un poco la atención con su color chillón. Andrés también se marchó al pazo. Quería ponerse de fiesta para estar presentable y gustar a Julia.

Durante los tres días que duraba aquella fiesta Andrés se fijaba en los tonos cambiantes de la luz en una aldea en donde no había dos horas iguales. Estos efectos se amoldaban para resaltar los colores de la naturaleza, sobre todo los del mar. Se daba cuenta de los matices del agua del mar que con el viento pasaba a agilizar sus tonos para que sus efectos fueran mayores y tuviesen el anhelo de alterar las cosas que en el mar nadan o están quietas. El mar tenía sus impresiones reflejadas en tonalidades claras en un día de romería capaz de pasar de lo más claro a lo oscuro y casi negro. Y esto era porque el mar de aquella aldea era sensible a lo que en el lugar ocurría. Por eso Andrés creyó ver estrellas de colores rosa y azul oscuro cuando aquella noche, a eso de las doce y media, cuando Julia le dio un beso en reconocimiento a su lucha con el jefe de Cariño. Pensó que se lo merecía y que gracias a aquel niño iba a ser feliz durante el baile y quizás para siempre, y debajo de algún árbol grande.

La luz del segundo domingo del mes de agosto salía más temprana que ningún otro día y llena de colores entremezclados de blancos, azules y grises claros que duraban todo el día pintados en el cielo de la aldea por una mano bondadosa. Estaban de fiesta en aquel lugar mágico en donde se bailaba, lleno de lirismo y músicas al que se le conocía con el nombre de *El Regadío*. Aquel sitio se llenaba a diario de las conversaciones nocturnas y muy vegetales que los gruesos robles de la carretera